

ESTUDIOS

«La lucha por la calle»: la venta ambulante, la cultura de protesta y la represión en Barcelona (c. 1930-1936)¹

Chris Ealham

University of Saint Louis, Madrid

Resumen: Este artículo analiza la venta ambulante de los obreros parados en la área barcelonesa durante los años previos a la guerra civil española. Esta práctica, igual que las respuestas de las autoridades, pone en evidencia el papel represor del Estado al igual que la intensidad de los conflictos sociales entre las clases comerciales y los parados durante este periodo. A su vez, la experiencia de los vendedores ambulantes, respaldados por el movimiento anarquista como un sector de los desposeídos, nos revela la flexibilidad de las estrategias movilizadoras de los libertarios. A primera vista puede parecer incongruente que los anarquistas defendieran esta forma de comercio, ya que, desde la perspectiva libertaria, la venta era, junto al Estado, uno de los grandes males que padecía la humanidad. Sin embargo, como veremos, los vendedores ambulantes, con su disponibilidad para defender su derecho al espacio público, proporcionaron a los libertarios una base de apoyo radicalizada.

Palabras clave: paro, venta ambulante, protesta social, anarcosindicalismo.

Abstract: This article assesses street trade by unemployed workers in the Barcelona area in the years immediately prior to the start of the Spanish Civil War. This practice, along with official responses to it, tell us a lot about the repressive nature of the state, as well as highlighting

¹ Quisiera agradecer los comentarios de Matt Perry y de los autores anónimos de dos informes sobre una versión anterior de este artículo. Este trabajo se ha desarrollado dentro del marco del proyecto de investigación «La España del Frente Popular: orden público, conflictividad sociolaboral y políticas unitarias» (Ministerio de Educación y Cultura HAR2008-00066/HIST).

sharp social conflicts between commercial sectors and the unemployed during this period. Equally, the experience of the street traders, who were embraced by the anarchists as a sector from within the dispossessed, provides us with an example of the flexibility of anarchist mobilising strategies. At first sight it might seem incongruous that anarchists should defend a form of trade, which, along with the state, was seen by the anarchists as a major scourge of humanity. Nevertheless, the street traders and their readiness to assert their right to the streets, provided the anarchists with a radicalised social constituency.

Keywords: unemployment, street trade, social protest, anarcho-syndicalism.

Introducción

La venta ambulante y el comercio informal desempeñan un papel importante en la vida cotidiana del mundo contemporáneo², y de España, donde ahora es coto casi exclusivo de los nuevos desposeídos de África y América latina. Como tal, este fenómeno ha atraído el interés de sociólogos, geógrafos y politólogos³. Sin embargo, la venta ambulante rara vez ha despertado el interés de los historiadores, pese a haber sido históricamente una práctica hasta cierto punto común en las sociedades que atraviesan la primera fase de la transformación socioeconómica y urbana capitalista, caracterizada por sus ciclos económicos abruptos y sus servicios públicos deficientes (como ejemplos, en el siglo XIX tenemos los *costermongers* londinenses y los *trolley vendors* neoyorquinos)⁴.

² POPKE, E. J., y BALLARD, R.: «Dislocating modernity: Identity, space and representations of street trade in Durban, South Africa», *Geoforum*, 35 (2005), pp. 99-110; CROSS, J.: «Street vendors, modernity and postmodernity: Conflict and compromise in the global economy», *International Journal of Sociology and Social Policy*, 20, 1-2 (2000), pp. 29-51, e íd.: *Informal Politics: Street Vendors and the State in Mexico City*, Stanford, CA, Stanford University Press, 1998.

³ GONZÁLEZ PÉREZ, V. (coord.): *Inmigrantes marroquíes y senegaleses en la España mediterránea*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1995; e íd.: «El reciente incremento de la población extranjera en España y su incidencia laboral», *Investigaciones Geográficas*, 8 (1990), pp. 7-36. También véase KOTHARI, U.: «Global Peddlers and Local Networks: Migrant Cosmopolitanisms», *Environment and Planning D: Society and Space*, 26-3 (2008), pp. 500-516.

⁴ Véase, para Nueva York, STANSELL, C.: «Women, Children, and the Uses of the Streets: Class and Gender Conflict in New York City, 1850-1860», *Feminist Studies*, 8-2 (1982), pp. 309-335; para Londres, SCANLAN, J.: «In Deadly Time:

Este artículo analiza la venta informal de los parados en el área barcelonesa durante los años anteriores a la guerra civil. Como veremos, la experiencia vivida por los vendedores ambulantes pone en relieve la frustración de las esperanzas que el cambio republicano despertó en uno de los sectores más humildes de la sociedad barcelonesa, un cambio que significó la conquista de unos derechos políticos nuevos pero también la continuidad de la exclusión socioeconómica y de la represión policial. La respuesta oficial a la venta informal también nos muestra los intensos conflictos sociales entre la clase media urbana y los parados durante este periodo. De la misma forma, el caso de los vendedores ambulantes, respaldados por la CNT como parte de «los desposeídos», nos ofrece un ejemplo de la flexibilidad de las estrategias movilizadoras anarcosindicalistas durante la República. A primera vista puede parecer incongruente que los anarquistas defendieran esta forma de comercio, ya que, desde la perspectiva libertaria, la venta era, junto al Estado, uno de los grandes males que padecía la humanidad. Sin embargo, los vendedores ambulantes y su disposición combativa a la hora de reclamar su derecho a la calle se convertirían en una base de apoyo radicalizada para los anarquistas.

Antes de considerar la actitud de las autoridades republicanas hacia la venta ambulante, es importante aclarar que en el contexto español, con un estado de bienestar subdesarrollado⁵ y una economía capitalista caracterizada por la inestabilidad y el desarrollo desigual, el comercio informal era un elemento más dentro de una amplia economía informal, una estrategia de autoayuda de los sectores urbanos marginados como los «malpagados», los parados y los parcialmente parados, quienes trabajaban con un horario reducido debido a la crisis económica. La venta ambulante hacía un poco más llevadera la pobreza de estos sectores⁶. Como actividad

the *Lasting On of Waste in Mayhew's London*», *Time & Society*, 16-2/3 (2007), pp. 205-222, y, para España, NIELFA CRISTÓBAL, G.: «Conflictos de intereses entre los comerciantes establecidos y la venta ambulante en Madrid (1900-1930)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 21 (1984), pp. 469-482, y EALHAM, C.: «La lluita pel carrer, els venedors ambulants durant la II República», *L'Avenç*, 230 (1998), pp. 21-26.

⁵ GRABULEDA I TEIXIDOR, C.: «Salut pública i creixement urbà. Política i acció social en el sorgiment de la Barcelona contemporània», tesis doctoral, Institut Universitari d'Història Jaume Vicens Vives, 2003, pp. 481-497.

⁶ ROMERO MAURA, J.: «La Rosa del Fuego». *Republicanos y anarquistas: la po-*

empresaria, también ofrecía alguna posibilidad de movilidad social, pero para lograrla era necesaria la estabilidad que ofrecía un permiso o licencia emitido por las autoridades municipales, algo poco habitual en el periodo que aquí analizamos, cuando el comercio informal era más bien víctima de la represión.

Hay varios problemas relacionados con el estudio de la venta ambulante. Por ejemplo, las fuentes cuantitativas de tales actividades informales y hasta clandestinas son, por supuesto, limitadas. Sin embargo, basándonos más en lo cualitativo (sobre todo la prensa e informes municipales y policiales), podemos hacer algunas observaciones sobre el comercio informal. Se puede identificar a los que llamaremos vendedores ambulantes «establecidos»: aquellos que se dedicaban a esta actividad como una alternativa al trabajo, sin importar las vicisitudes económicas, y que muchas veces recibían un trato más benévolo de las autoridades. Difícilmente se puede considerar a esos vendedores «establecidos» como una fracción de la clase obrera como lo conceptualizaba Karl Marx; más bien, serían otra parte-constituyente de lo que veía como el lumpemproletariado de tipos marginales, que incluía organilleros, traperos, afiladores, «toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman *la bohème*»⁷.

Fuentes cualitativas nos indican que, en el periodo aquí analizado, el volumen de la venta ambulante aumentó debido a que se trataba del comercio informal, temporal y de transición de obreros en paro, personas que volverían a la fábrica una vez mejorase la oferta de trabajo. Dado el papel central de la economía familiar dentro de las pautas de consumo obrero, no es de sorprender que hombres, mujeres y niños se dedicasen a la venta ambulante⁸. Por

lítica de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica, 1899-1909, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 130, y FABRE, J., y HUERTAS, J. M.: *Tots els barris de Barcelona*, t. 5, Barcelona, Edicions 62, 1976, p. 216.

⁷ MARX, K.: «The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte», en MARX, K., y ENGELS, F.: *Collected Works, 1867-1870*, t. 21, Londres, Lawrence & Wishart, 1985, pp. 148-149 (hay traducción española, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza Editorial, 2003).

⁸ GARCÍA CASTRO DE LA PEÑA, T.: «Barrios barceloneses de la dictadura de Primo de Rivera», *Revista de Geografía*, 7-1/2 (1974), p. 83; GIMÉNEZ, J.: *De la Unión a Banet. Itinerario de una rebeldía*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1996, p. 38, y PAZ, A.: *Chumberas y alacranes (1921-1936)*, Barcelona, s. e., 1994, p. 109.

regla general, se trataba de un tipo de comercio practicado por parados que habían comprado, con sus escasos ahorros o con dinero prestado, una cantidad pequeña de mercancía, casi siempre verdura y/o fruta, que vendían o en las calles o alrededor de las zonas comerciales y/o los mercados. Como muestra de ello, tenemos la carta de cuarenta vendedores ambulantes dirigida al Ayuntamiento de l'Hospitalet de Llobregat en la cual indicaban que su «comercio» era una respuesta sencilla a la «pena que es para un padre de familia que sus hijos le pidan pan y no tenga para darles»⁹.

Podemos afirmar que los vendedores ambulantes eran muy populares entre consumidores obreros, algo confirmado por la geografía de la venta ambulante, que nos muestra que el comercio informal era un aspecto integral del consumo obrero y una parte relevante de la vida local de las barriadas obreras desde, por lo menos, los primeros años del siglo XX, pues funcionaba como un sistema alternativo de distribución de comestibles¹⁰. La mayoría de los obreros barceloneses eran semicualificados o no cualificados, y en general apenas se ganaban la vida con sueldos de hambre. No es de extrañar, por tanto, que los asuntos relacionados con el consumo y el coste de los comestibles dominasen la vida cotidiana de miles de obreros en la ciudad. El hecho de que los vendedores ambulantes no tuviesen gastos generales implicaba que podían ofrecer sus productos por menos dinero que los vendedores de mercado y los tenderos, una opción muy atractiva para muchos obreros¹¹. Mientras los enemigos de los vendedores ambulantes argumentaban que sus comestibles eran productos robados de granjas y huertos, los vendedores no-oficiales mantenían que ellos compraban sus mercan-

⁹ Carta colectiva de cuarenta vendedores ambulantes al alcalde, 29 de agosto de 1935, Arxiu Històric de l'Hospitalet de Llobregat (en adelante AHHL).

¹⁰ SENTÍS, C.: *Viatge en Transmiserià. Crònica viscuda de la primera gran emigració a Catalunya*, Barcelona, La Campana, 1994, p. 78; DOMINGO I CLOTA, M., y SAGARRA I TRIAS, F.: *Barcelona: Les Cases Barates*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1999, p. 106; ROMERO MAURA, J.: «La Rosa del Fuego»..., *op. cit.*, p. 130; NIELFA CRISTÓBAL, G.: «Conflictos de intereses...», *op. cit.*, pp. 469-482, y VILLAR, P.: *Historia y leyenda del Barrio Chino (1900-1992). Crónica y documentos de los bajos fondos de Barcelona*, Barcelona, La Campana, 1996, pp. 27-28.

¹¹ Véase, por ejemplo, *Solidaridad Obrera*, 26 de agosto de 1931. Como ha identificado John Cross en su estudio global de la venta ambulante, «el problema verdadero» para la clase media era que el comercio informal «era demasiado competitivo con tiendas al por menor formales» (CROSS, J.: «Street vendors, modernity and postmodernity...», *op. cit.*, p. 41).

cías en los mismos mercados al por mayor que usaban los vendedores oficiales¹².

En cuanto a la clientela de estos vendedores ambulantes, podemos especular que una parte de los consumidores obreros frecuentaba a los vendedores ambulantes por razones afectivas, de identificación o de solidaridad de clase. Sin duda estos sentimientos ganaban peso ante las sospechas que despertaba la clase media comercial entre la clase trabajadora, lo que venía siendo habitual desde la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia del miedo a la adulteración de comestibles y a la manipulación de pesos y medidas. Más adelante, la galopante inflación de precios durante y después de la Primera Guerra Mundial confirmó la opinión de que la clase media se había beneficiado sistemáticamente y siempre a costa de una clase obrera cada vez más empobrecida. El movimiento obrero refinó y articuló esta animadversión de la *vox populi*: por ejemplo, la primera huelga general a nivel estatal de 1916, una acción coordinada por la Unión General de Trabajadores (UGT) y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), fue el punto culminante de una protesta popular para el *abaratamiento* de los precios¹³.

Inevitablemente, desde la perspectiva de los tenderos y los vendedores de mercado, la venta ambulante era una amenaza directa a sus intereses. Por eso sus asociaciones corporativas fueron las primeras en reclamar la represión de sus rivales sin licencia¹⁴. De esta manera, el comercio informal subrayaba los antagonismos entre los parados y la pequeña burguesía, fisuras todavía más profundas en los años treinta, cuando la venta ambulante fue duramente reprimida y se esfumó mucha de la permisividad tradicional de las autoridades.

El rumbo represivo de las autoridades fue el resultado de un conjunto complejo de factores políticos, culturales y económicos. Si empezamos con lo económico, es bien sabido que a finales de los años veinte la economía española urbana entró en una crisis aguda, pues, a diferencia de los países europeos más integrados en la economía mundial, en España los factores domésticos tenían un peso

¹² SENTÍS, C.: *Viatge en Transmiserià...*, op. cit., p. 78, y *Solidaridad Obrera*, 9 de abril de 1936.

¹³ BAR, A.: *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926*, Madrid, Akal, 1981, pp. 386-398.

¹⁴ NIELFA CRÍSTOBAL, G.: «Conflictos de intereses...», op. cit., p. 469.

mayor, como en aquella época ocurrió con la extravagante política económica de la dictadura del general Primo de Rivera. Por contra, el impacto de la caída neoyorquina de 1929 no se hizo sentir hasta 1933¹⁵. De todas formas, ya en 1930-1931 resultaba obvio que la limitada beneficencia que ofrecía el Estado, la Iglesia y las autoridades locales no podía responder a las necesidades de los parados. Al mismo tiempo, el aumento del paro y un contexto económico cada vez más difícil significaban que las redes y solidaridades familiares y vecinales, al igual que la economía familiar, no eran capaces de responder en muchos casos a las necesidades de los más pobres, y por eso el número de vendedores ambulantes continuó aumentando¹⁶. Era tal el crecimiento del comercio informal en Barcelona que los propios vendedores ambulantes barceloneses construyeron *el mercadot*, un espacio dedicado exclusivamente a la venta informal de comestibles. Estaba emplazado en una zona bastante céntrica, en la Gran Vía, que atraía a consumidores del Raval y otros barrios obreros¹⁷. Otro factor que puede tomarse como prueba contundente del aumento de la venta ambulante fueron las críticas cada vez más estridentes de la clase media contra este comercio informal.

La Segunda República y la represión de la venta ambulante

El aumento de la ansiedad que la venta ambulante despertaba en la clase media comercial respondía en parte al nuevo contexto político de principios de los años treinta. La llegada de la Segunda República tenía el respaldo de los portavoces políticos de una coalición interclasista entre la clase media urbana y la clase obrera, «el pueblo», en la terminología republicana¹⁸. Esa coalición se formó en oposición a una monarquía que, según su juicio, sobreponía con

¹⁵ HERNÁNDEZ ANDREU, J.: *España y la crisis de 1929*, Madrid, Espasa-Calpe, 1986, pp. 115-118.

¹⁶ *La Batalla*, 20 de junio de 1930, y *Comercio y Navegación*, julio de 1931.

¹⁷ *Solidaridad Obrera*, 15 de febrero de 1932 y 9 de abril de 1936, y Actas del Ayuntamiento, 1 de junio de 1933, AHHL.

¹⁸ RADCLIFF, P.: «Política y cultura republicana en el Gijón de fin de siglo», en TOWNSON, N. (coord.): *El republicanismo en España (1830-1997)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 373-394, y CASTRO ALFÍN, D.: «Jacobinos y populistas. El republicanismo español a mediados del siglo XIX», en ÁLVAREZ JUNCO, J. (coord.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 181-217.

descaro los intereses de una camarilla de financieros y oligarquía rural a los de las «clases populares». Sin embargo, en una ciudad industrial como Barcelona, con su gran pasado de lucha obrera, esa coalición antioligárquica se vio amenazada desde el principio de la República ante el creciente problema del paro, que abrió una brecha importante entre la clase media y los parados. Con el tiempo, esta brecha garantizó la colisión violenta de los elementos constituyentes del «pueblo»¹⁹.

La República, con sus nuevas tendencias políticas y administrativas, trajo consigo una nueva estructura de oportunidades políticas tanto para la clase obrera como para las clases medias²⁰. Dado que las clases medias formaban una base electoral importante para los partidos republicanos ahora dominantes en el gobierno central, en la Generalitat y en la mayoría de los ayuntamientos catalanes, es lógico que se atrevieran a expresar sin tapujos sus preocupaciones cotidianas, y así lo hicieron a través de una campaña política intensa y energética que se basó en una serie de delegaciones y peticiones dirigidas a las autoridades en el ámbito local, regional, y central²¹. Así, desde el establecimiento de la República, asociaciones corporativas como la *Associació per a la Defensa dels Venedors dels Mercats* presionaron a las autoridades para que «reprimiesen» a los vendedores ambulantes, por «todos los medios posibles», y criticaron a la policía por ser «blanda» con aquellos «maleantes»²². Haciendo uso de un discurso muy emotivo, los grupos de clase media reivindicaban el espacio público, describiendo a «los vendedores rebeldes» como «plagas» de «vagos» que «pululaban» e «invadían» «nuestras calles»²³.

¹⁹ Para un análisis sociourbano, véase OYÓN, J. L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Serbal, 2005, y para un análisis más general de este proceso a nivel sociopolítico, EALHAM, C.: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, pp. 173-212.

²⁰ MCADAM, D.; TILLY, C., y TARROW, S.: *Dinámica de la contienda política*, Madrid, Hacer, 2005, especialmente pp. 41-77.

²¹ *La Vanguardia*, 9 de julio, 12 de agosto, 23 de septiembre, 29 de octubre, 2 de diciembre de 1931 y 4 de marzo de 1932; *Las Noticias*, 14 de mayo y 5 de diciembre de 1931, y FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL, *Memoria de la Junta Directiva Correspondiente al Ejercicio de 1931*, Barcelona, 1932, p. 201.

²² *La Nau*, 24 de abril de 1931; *La Vanguardia*, 27 y 30 de agosto de 1931, y carta de la Unión de Vendedores del Mercado de Collblanc al alcalde, 4 de septiembre de 1935, AHHL.

²³ *La Vanguardia*, 23 de septiembre, 29 de octubre y 2 de diciembre de 1931.

En poco tiempo, el discurso de los grupos de presión de clase media se volvió muy beligerante. Por ejemplo, la *Lliga de Defensa d'Indústria i Comerç* en el barrio obrero de Sant Martí amenazó, como hicieron otros grupos, al Ayuntamiento de Barcelona con que si no actuaba contra los «vendedores indocumentados», sus miembros se tomarían la ley por su mano, de lo que resultaría la «ruptura del orden público». Además, estas amenazas se entremezclaban con las promesas de los vendedores de mercado y los tenderos de que dejarían de pagar impuestos municipales, una fuente de ingresos importante para las autoridades locales²⁴. No hay que olvidar que estas asociaciones comerciales tenían un poder económico importante y cierto peso e influencia en el ámbito local: se trataba de grupos de presión con un grado de cohesión importante, arraigados con firmeza en las redes sociales de los comerciantes de barrios y mercados específicos. Desde su perspectiva peculiar, la prensa diaria daba gran eco a esta campaña de la clase media; por ejemplo, *La Vanguardia* describía el *mercadet*, y no el paro o la pobreza, como algo «indigno de una ciudad civilizada»²⁵.

Las nuevas autoridades republicanas se mostraron muy receptivas a las exigencias de los comerciantes y los tenderos. Pese a todos sus acercamientos al movimiento obrero y la clase obrera, una vez instalados en el poder, los republicanos no se podían permitir cruzarse de brazos ante las peticiones, de una parte clave de su base, de represión de un grupo que, según ellos, suponía un reto frontal a sus intereses. Además, entre la nueva elite republicana había también muchos miembros de la clase media comerciante²⁶. Por ejemplo, Enric Sànchez, el presidente de la *Unió General de Venedors de Mercats*, una asociación profesional de vendedores de mercado en conflicto directo con los vendedores ambulantes, era también activista en la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), el partido

²⁴ *El Matí*, 14 de junio de 1931; *La Vanguardia*, 12 de agosto, y 13, 18 y 23 de septiembre de 1931; *L'Opinió*, 7 de agosto y 20 septiembre de 1931; *Las Noticias*, 22 de mayo, 2 de octubre y 17 de diciembre de 1931; Actas del Ayuntamiento, 28 de agosto de 1934, AHHL, y carta de la Unión de Vendedores del Mercado de Collblanc al alcalde, 4 de septiembre de 1935, AHHL.

²⁵ *La Vanguardia*, 13 de septiembre de 1931.

²⁶ AIGUADER I MIRÓ, J.: *Catalunya i la Revolució*, Barcelona, La Sageta, 1931, pp. 12-14, y Correspondencia y Actas del Ayuntamiento de l'Hospitalet de Llobregat, 1931-1936, AHHL.

hegemónico en la Cataluña republicana²⁷. Además, los valores de la clase media estaban reflejados en la cultura interna del republicanismo y hasta las corrientes más radicales alababan el sentido de ahorro, diligencia y laboriosidad de la clase comercial urbana²⁸.

Por consiguiente, en lo que puede definirse como una declaración de guerra contra los vendedores parados, varios ayuntamientos en el área barcelonesa aprobaron acuerdos que prohibían o restringían la venta ambulante unas pocas semanas después del nacimiento de la República²⁹. A continuación, se desplegaron contra los vendedores ambulantes todas las fuerzas policiales a disposición de las nuevas autoridades, incluyendo la Guardia Civil, que tanto odio despertaba entre las capas sociales más humildes desde la época monárquica, mientras la Guardia de Asalto, la nueva policía paramilitar republicana que ocupaba la primera línea en defensa del orden urbano, empezó a patrullar alrededor de los mercados y a detener a los vendedores ambulantes³⁰. Como veremos, muchos indicios apuntan a que la represión de la venta ambulante fue más intensa en Barcelona, algo que probablemente respondiese al alto nivel del paro urbano y de este comercio informal, y a la historia reciente de una ciudad con un frágil orden urbano en el que los conflictos, por pequeños que fuesen, siempre tenían la capacidad de convertirse, de forma espiral, en confrontaciones de gran envergadura, y donde las elites urbanas eran muy sensibles al tema del orden público³¹. No es de sorprender, por tanto, que Francisco Madrid, el secretario de los primeros gobernadores civiles de

²⁷ IVERN I SALVÀ, M. D.: *Esquerra Republicana de Catalunya (1931-1936)*, 2 vols., Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1988-1989, vol. 1, p. 78.

²⁸ *L'Opinió*, un periódico ligado al ala izquierda del republicanismo catalán, afirmó que «el comprador y el vendedor se complementan» (14 de enero de 1932) dado que «el tendero ha implantado su negocio al amparo de unas leyes..., paga una contribución y una dependencia, y así constituye una garantía bastante real al público comprador», mientras el vendedor ambulante «puede dar gato por liebre, tanto en la calidad, como en el peso» (19 de noviembre de 1931).

²⁹ *La Nau*, 24 de abril 1931; Actas del Ayuntamiento, 6, 11, 20 y 27 de agosto de 1931, AHHL, y *La Vanguardia*, 13 de agosto de 1931.

³⁰ *Solidaridad Obrera*, 25 de septiembre de 1931 y 13 de septiembre de 1932.

³¹ Desde la huelga general de 1902, pasando por la «Semana Trágica» de 1909, y la huelga revolucionaria de 1917, las elites y los gobernantes barceloneses temieron la sombra de la protesta. Tal vez la cita más ilustrativa es del exgobernador civil, Ángel Ossorio: «En Barcelona, la revolución no *se prepara*, por la sencilla razón de que está preparada siempre. Asoma a la calle todos los días; si no hay ambiente

la Barcelona republicana, expresase su temor a que los vendedores ambulantes quisiesen por encima de todo convertir la capital catalana en «una ciudad anárquica»³².

Este clima favoreció el aumento de la represión de la venta ambulante. En agosto de 1931, el Ayuntamiento de Barcelona anunció la creación de la *Brigada per a la repressió de la venta ambulant*, un «servicio de vigilancia especial», creado para limpiar las calles de vendedores ambulantes, que estaba dirigido por Lluís Puig Munner, un concejal republicano y, significativamente, tendero de profesión³³. El mes siguiente, bajo órdenes del Ayuntamiento, *el Mercadet*, corazón de la venta ambulante en el centro de Barcelona, fue destruido en presencia de un destacamento de guardias de asalto, políticos locales de la ERC y representantes de las asociaciones de vendedores de mercado. Todo ello ocurrió bajo la mirada amarga de aquellos que allí se ganaban la vida³⁴. Ese mismo día, los guardias de asalto ocuparon la Plaza de la República (ahora Plaza de San Jaime) para repeler las posibles protestas de los vendedores ambulantes, mientras una sucesión de vendedores de mercado se acercaba a felicitar a las autoridades municipales por su actuación contra la venta ambulante, por «el buen nombre y el prestigio de la ciudad y los negocios de Barcelona»³⁵. En noviembre de 1931, la represión había alcanzado tal nivel que la *Brigada per a la repressió de la venta ambulant* de Barcelona llegó a incautar unos 4.000 kilos de comestibles en sólo tres días³⁶.

Durante los siguientes meses, la represión de las autoridades contra los parados se volvió asfixiante. Las acciones policiales llevadas a cabo en barrios históricamente obreros, tradicionalmente reacios al control estatal, en ocasiones adquirieron un carácter militar, con unidades paramilitares de guardias de asalto y civiles cerrando calles para efectuar redadas contra los vendedores ambu-

para su desarrollo, retrocede; si hay ambiente, cuaja» (OSSORIO, Á.: *Barcelona julio de 1909. Declaración de un testigo*, Madrid, Ricardo Rojas, 1910, pp. 13-14).

³² MADRID, F.: *Ocho meses y un día en el gobierno civil de Barcelona*, Barcelona, La Flecha, 1932, pp. 145 y 156-157.

³³ *L'Opinió*, 11, 13, 16 y 20 de agosto de 1931; *La Vanguardia*, 13, 19 y 21 de agosto de 1931, y *Las Noticias*, 6 de octubre de 1931.

³⁴ *La Vanguardia*, 18-20 de septiembre de 1931.

³⁵ *Las Noticias*, 2 y 7 de octubre de 1931; *La Vanguardia*, 18-20 de septiembre de 1931, y *L'Opinió*, 20 de septiembre de 1931.

³⁶ *Las Noticias*, 12 de noviembre y 16 de diciembre de 1931.

lantes³⁷. Con frecuencia protagonizada por los guardias de asalto paramilitares, la brutalidad policial se convirtió en una parte integral de estas operaciones. Un guardia de asalto explicó a un periodista que en situaciones de este tipo a menudo tenían que utilizar las porras contra las mujeres, mostrándose muy irritado ante aquellas que se dejaban involucrar por los «agitadores» en estas acciones callejeras³⁸. Además, los vendedores ambulantes criticaron en muchas ocasiones la violencia policial contra mujeres y niñas³⁹. En un incidente trágico, una vendedora ambulante de diez años murió arrollada por un autobús cuando huía de la policía con su mercancía⁴⁰.

Además de la incautación de sus mercancías, los vendedores ambulantes se enfrentaban al peligro de ser internados al amparo de la Ley de Vagos y Maleantes (1933), un mecanismo antinómada que se utilizó para perseguir a los parados, y que en manos de la policía sirvió para criminalizar aún más el comercio informal⁴¹. Las autoridades republicanas consideraban que una actitud implacable y contundente era clave para apaciguar y retener el apoyo electoral de la clase media.

En términos generales, la represión policial de la venta ambulante es muy indicativa de la actitud oficial hacia los parados. Como ha argumentado entre otros el sociólogo estadounidense Howard Becker, en época de crisis económica las autoridades ineluctablemente dependen de las fuerzas de seguridad y el sistema penal para imponer la disciplina social sobre el creciente ejército de parados que ha dejado de estar sujeto a la coerción cotidiana e informal del mundo del trabajo⁴². En estas circunstancias, la violencia policial contra los parados está dirigida a someterlos y domarlos más que a defender las

³⁷ *La Vanguardia*, 13 de agosto de 1931 y 3 de marzo de 1932; *L'Opinió*, 1 de junio de 1932; *Solidaridad Obrera*, 13 de septiembre de 1932; comunicados de la Guardia Urbana al alcalde, 8 y 13 de septiembre de 1934, AHHL; actas del Ayuntamiento de l'Hospitalet, 10 de enero de 1933 y 28 de agosto de 1934, AHHL; carta del alcalde de l'Hospitalet al comandante del puesto de la Guardia Civil, 7 de marzo de 1936, AHHL, y *Las Noticias*, 12 de noviembre y 16 de diciembre de 1931.

³⁸ *Estampa*, 9 de julio de 1932.

³⁹ *Solidaridad Obrera*, 1 de febrero de 1936.

⁴⁰ *Solidaridad Obrera*, 7 de julio de 1933.

⁴¹ JIMÉNEZ DE ASÚA, L.: *Ley de vagos y maleantes. Un ensayo sobre peligrosidad sin delito*, Madrid, Editorial Reus, 1934, y, para un análisis de la ley, véase EALHAM, C.: *La lucha por Barcelona...*, op. cit., pp. 138-143.

⁴² BECKER, H.: *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, The Free Press, 1963, *passim*; JANKOVIC, I.: «Labour Market and Imprisonment», *Crime*

leyes. Inevitablemente, el escenario de esa violencia es el espacio público, en concreto los parques y las calles donde los sin trabajo pasan mucho tiempo, y los vendedores ambulantes se ven involucrados en la misma contienda y lucha por controlar el espacio⁴³.

Asimismo, la represión de la venta ambulante nos muestra ciertas tendencias y dinámicas autoritarias en juego durante los años republicanos. Vemos, por ejemplo, una clara divergencia entre el discurso republicano durante la época de la oposición a la monarquía, cuando el movimiento enfatizaba más la justicia social, la libertad y el progreso, y sus prácticas una vez que llegaron al poder, cuando son muchos los republicanos que, sin abandonar del todo este discurso, adoptaron claramente como objetivo ese «orden» que tanta importancia tenía para la clase media⁴⁴. Así, la Esquerra consolidó su poder local de manera parecida a la de los «hombres de orden» de la monarquía: aumentando el coste de la movilización y la protesta social, acumulando leyes draconianas y fortaleciendo las unidades policiales, todo ello muy al gusto de los grupos de presión de clase media⁴⁵. Como ejemplo, Lluís Companys, el primer gobernador civil barcelonés de la época republicana y futuro presidente de la Generalitat (1934-1939), definió la importancia de la «disciplina» y la «paz social» dentro de una «República de orden» capaz de emplear «medidas energéticas» contra los sectores que representaban «la negación de la autoridad»⁴⁶. De esta forma, la represión del Estado republicano contra los parados, y contra los vendedo-

and Social Justice, 8, 1977, pp. 17-31, y QUINNEY, R.: *Class, State and Crime*, Nueva York, McKay, 1977, pp. 131-140.

⁴³ *Solidaridad Obrera*, 19 de junio, 11-12, 14 y 28-31 de julio y 1 de agosto de 1931; 30 de junio, 6 y 21-31 de julio; 29 de agosto, y 7 de septiembre de 1934; *Adelante*, 22 y 30 de enero de 1934; *L'Opinió*, 29 de julio de 1931; *La Vanguardia*, 16 y 30 de julio; 5, 21, 26 y 29-30 de agosto, y 30 de septiembre de 1931, y comunicado de la Guardia Urbana al alcalde, 26 de abril de 1936, AHHL.

⁴⁴ COROMINES, P.: *Diaris i Records de Pere Coromines. La República i la Guerra Civil*, t. 3, Barcelona, Curial, 1975, p. 14.

⁴⁵ Carta de la Sociedad de Agricultores al alcalde, 30 de octubre y 12 de noviembre de 1931, AHHL, y carta de los presidentes de la Cámara Oficial de Propiedad Urbana, la Asociación de Propietarios, el Gremio de Ultramarinos y Similares, el Centro Gremial de Carboneros y la Sociedad de Maestros Peluqueros y Barberos al alcalde, 30 de septiembre de 1931, AHHL.

⁴⁶ MADRID, F.: *Ocho meses y un día...*, *op. cit.*, pp. 136, 138, 143-145, 171-214, 250 y 266; *La Nau*, 2 de mayo de 1931; *Las Noticias*, 1 y 3 de mayo de 1931, y *El Diluvio*, 30 de mayo de 1931.

res ambulantes en concreto, se legitimó en una ideología democrática: la nueva represión era distinta a la de regímenes anteriores porque defendía los intereses de la ciudadanía; defender lo que, en las palabras de un periódico republicano, era un «poder en las manos de todos» facilitaría la consolidación de la nueva democracia, y por consiguiente forjaría las condiciones óptimas para la reforma de la sociedad para el beneficio de la mayoría de los españoles⁴⁷. Sin embargo, a corto plazo no hubo un programa de reformas capaz de distender las profundas tensiones sociales y urbanas en una ciudad como Barcelona. A cambio, las autoridades aumentaron el gasto público en los cuerpos de seguridad; por ejemplo, el cuerpo de guardias de asalto aumentó en 10.000 efectivos desde su creación en 1931 hasta la primera mitad de 1936⁴⁸. Pero aunque la «República de orden» se justificase en términos de un futuro reformista, las estrategias excluyentes que utilizaron las autoridades republicanas, tan visibles en el caso de los vendedores ambulantes, minaron los derechos civiles y el Estado de Derecho, y debilitaron lo que de por sí era una esfera pública democrática frágil. Tal vez el ejemplo más claro de este proceso fuese la mencionada Ley de Vagos y Maleantes, que revocó los derechos de ciudadanía de los desposeídos y que legalizó la detención preventiva de los pobres y/o los parados.

La lucha contra la venta ambulante tuvo como soporte una campaña de prensa feroz, que sin duda contribuyó a los intentos de las autoridades para excluir y criminalizar a los sectores más insumisos de los parados. En las páginas de la prensa diaria se invocaba una variedad de argumentos para aislar políticamente a los vendedores ambulantes y así agilizar su represión. Un argumento, por ejemplo, afirmaba que, al «invadir» el espacio público, los vendedores ambulantes impedían el funcionamiento correcto de las calles de la ciudad democrática y eso les hacía perder su derecho a las calles⁴⁹. Pero la justificación más común en esta campaña represiva contra la venta ambulante era que los vendedores «ilegales» suponían una amenaza a la salud pública, pues, al no estar regulados por las autoridades municipales, no se les podía obligar a respetar las reglas con relación a pesos y medidas. También se les

⁴⁷ *La Calle*, 8 de enero de 1932.

⁴⁸ VARGAS GONZÁLEZ, A.: «La Guardia de Asalto: Policía de la República», *Cuadernos Republicanos*, 53 (2003), p. 44.

⁴⁹ *Las Noticias*, 10 de noviembre de 1931.

acusaba de vender comestibles insanos y/o adulterados⁵⁰. En conjunto, este argumento tenía mucha importancia para las autoridades republicanas, pues así explicaban la represión del comercio informal como un acto realizado por el bien colectivo del pueblo, y no solamente como defensa de los intereses particulares de un sector clave de su base electoral.

Podemos hacer varias observaciones sobre este razonamiento. Lo primero que salta a la vista es que los vendedores de mercado y los tenderos no tenían lo que se dice un historial limpio en cuanto al respeto de los intereses del consumidor: según la *vox populi*, los sectores comerciales hacían trampas con los pesos y medidas, una práctica que continuó a lo largo de la República⁵¹. En ocasiones, estas sospechas quedaron confirmadas como cuando un equipo del Ayuntamiento concluyó, tras una inspección en la Boquería, un mercado ubicado en el centro de Barcelona, que la «mayoría» de los vendedores manipulaban los pesos y las medidas⁵². En segundo lugar, si los vendedores ambulantes traficaban con comestibles insanos, como afirmaban sus críticos, lo lógico hubiese sido que las autoridades los destruyesen nada más requisarlos, en vez de donarlos a las cocinas de los hospitales, como era lo habitual⁵³.

Los pánicos morales relacionados con el comercio informal, muy difundidos en la prensa conservadora y republicana, crecieron en tándem con la represión. Así, se representaba a los vendedores ambulantes como un «otro» peligroso, externalizándoles e identificándoles en ocasiones como «forasteros» y como sujetos coloniales. Por ejemplo, antes de su destrucción, *el Mercadet* fue comparado por *L'Opinió*, un periódico republicano de izquierdas, con «un fastidioso aduar marroquí»⁵⁴. El discurso oficial identificaba el comer-

⁵⁰ *La Vanguardia*, 12 de agosto y 13, 18 y 23 de septiembre de 1931; *El Matí*, 14 de junio de 1931, y *L'Opinió*, 7 de agosto de 1931.

⁵¹ EALHAM, C.: *La lucha por Barcelona...*, op. cit., pp. 188 y 251.

⁵² *Las Noticias*, 15-17 de noviembre de 1931; *El Día Gráfico*, 26 de noviembre de 1931; *La Vanguardia*, 5 de marzo y 7 de abril de 1932; *La Calle*, 6 de noviembre de 1931, y *La Publicitat*, 10 de enero de 1932.

⁵³ *La Vanguardia*, 13 de agosto y 18-20 de septiembre de 1931; *L'Opinió*, 1 de junio de 1932; comunicados de la Guardia Urbana al alcalde, 8 y 13 de septiembre de 1934, AHHL; actas de los plenos del Ayuntamiento, 10 de enero de 1933, AHHL; carta del alcalde al comandante del puesto de la Guardia Civil, 7 de marzo de 1936, AHHL, y *Las Noticias*, 12 de noviembre y 16 de diciembre de 1931.

⁵⁴ *L'Opinió*, 20 de septiembre de 1931.

cio ambulante con el crimen, la suciedad y la enfermedad, y presentaba a los vendedores ambulantes como «vagos profesionales» y una «plaga de mendigos»⁵⁵. Con este discurso, las autoridades apelaban a un interés general imaginario. Además, al identificar a los vendedores ambulantes con una amenaza general a la seguridad pública, crearon un consenso alrededor de la necesidad de ampliar los cuerpos policiales y lograron, como decía *L'Opinió*, que el paro se tratase como un «problema de orden público»⁵⁶. Estos pánicos morales aumentaron con el tiempo, incluso se llegó a afirmar que «la actitud rebelde de los vendedores [ambulantes]»⁵⁷ constituía uno de los grandes desafíos de la República: desde esta perspectiva, los parados fueron denunciados como «enemigos de la República»⁵⁸, «indeseables»⁵⁹, un elemento más de los bajos fondos de «gente maleante» dedicado a desacreditar el nuevo sistema político.

La lucha por la calle: la política callejera de los vendedores ambulantes

A pesar de todas las fuerzas congregadas en su contra, y a pesar de su represión, los vendedores ambulantes lucharon para mantener su presencia en las calles a lo largo de los años republicanos⁶⁰. Paradójicamente, acciones oficiales como la destrucción del *Mercadet* sirvieron para aumentar su visibilidad en las calles y alrededor de los mercados. El caso de los vendedores ambulantes pone en evidencia las limitaciones que conlleva la represión de prácticas de raíz socioeconómica; por ejemplo, en el verano de 1933, el peor año de la crisis económica de los años treinta, el Ayuntamiento de l'Hospitalet

⁵⁵ *L'Opinió*, 7 de agosto de 1931 y 1 de junio de 1932; *La Publicitat*, 12 de junio de 1931; *La Vanguardia*, 12 de agosto y 13, 18 y 23 de septiembre de 1931, y *El Matí*, 14 de junio de 1931.

⁵⁶ *L'Opinió*, 17 de julio de 1931.

⁵⁷ *L'Opinió*, 20 de septiembre de 1931.

⁵⁸ *L'Opinió*, 17 de julio y 16 de agosto de 1931; *Llibertat*, 6 de junio de 1931; actas del pleno del Ayuntamiento, 10 de enero de 1933, AHHL, y *Las Noticias*, 4 de junio de 1931.

⁵⁹ *L'Opinió*, 1 de junio de 1932.

⁶⁰ *Las Noticias*, 10 de noviembre, 18 de diciembre de 1931 y 29 de agosto de 1935; *La Vanguardia*, 23 de agosto de 1935; actas del Ayuntamiento, 1 de junio de 1933, AHHL, y comunicados de la Guardia Urbana al alcalde, 17 de julio y 7 de octubre de 1932 y 10 de abril de 1936, AHHL.

de Llobregat reconoció que, a pesar de la represión, la venta ambulante aumentaba «cada día»⁶¹. De hecho, las circunstancias económicas de los vendedores ambulantes les obligaban a hacer frente a la represión policial porque, en las palabras de uno de ellos, lo contrario sería «la sentencia de muerte para muchas familias proletarias»⁶². Eso mismo enfatiza la carta ya mencionada de cuarenta vendedores ambulantes al Ayuntamiento de l'Hospitalet de Llobregat, una población con un nivel altísimo de paro forzoso. En ella, los vendedores explicaban que la venta ambulante era su «único medio de vida» en «la situación angustiosa» de no poder encontrar trabajo⁶³.

El contexto material contribuyó a la entereza de los vendedores ambulantes en la defensa de su derecho a la calle: dado que sus reclamaciones no tenían eco en los ayuntamientos (no podían ir a la huelga o retener impuestos municipales), forzosamente tenían que presentar su agenda a las autoridades en la esfera pública por medio de manifestaciones y acciones callejeras de protesta. Hasta cierto punto, las nuevas circunstancias políticas que trajo la llegada de la República favorecieron las movilizaciones de los vendedores ambulantes. Por ejemplo, en la última etapa de la lucha contra la monarquía, en un claro intento de ganar respaldo popular, los republicanos habían prometido que, una vez en el poder, promulgarían legislación favorable a la clase obrera. En el caso de la Esquerra, su programa hablaba de leyes nuevas que darían a los obreros «el derecho de vivir en plena seguridad y dignidad»⁶⁴. Más específicamente, los republicanos catalanes se identificaron con medidas concretas, que incluían una actuación inmediata en defensa de los parados que sirviese para paliar la situación de los sectores más empobrecidos y vulnerables de la clase obrera, dentro de los cuales se encontraban los vendedores ambulantes⁶⁵. No es de sorprender entonces que amplios sectores obreros diesen por hecho que la nueva clase política republicana actuaría para implantar medidas inmediatas que mejorasen la condición de los parados, o que al menos contasen con que se mostrase receptiva a sus anhelos y necesidades. Por eso, en los

⁶¹ Actas de los plenos del Ayuntamiento, 1 de junio de 1933, AHHL.

⁶² *Solidaridad Obrera*, 3 de febrero de 1933.

⁶³ Carta de cuarenta vendedores ambulantes al alcalde, 29 de agosto de 1935, AHHL.

⁶⁴ *L'Opinió*, 13 de febrero, 13 de marzo y 29 de agosto de 1931.

⁶⁵ *L'Opinió*, 13 de marzo, 29 de agosto y 3 y 11 de diciembre de 1931.

primeros meses de la República, los vendedores ambulantes organizaron varias manifestaciones pacíficas para no dejar olvidar a los políticos sus compromisos tras su llegada al poder en Barcelona. El hecho de que esas manifestaciones continuasen después del comienzo de la represión de la venta ambulante lo podemos ver como evidencia de las esperanzas y la fe que este grupo había puesto en las autoridades republicanas. Por ejemplo, a mediados de agosto de 1931, una manifestación de vendedores ambulantes llegó a la plaza de la República para entregar una carta de petición al Ayuntamiento por una mayor tolerancia hacia el comercio informal. Una comisión fue recibida por concejales de ERC y, mientras conversaban, estos últimos dejaron claro que no cambiarían su política represora contra la venta ambulante, una decisión que provocó una «gran excitación» entre los manifestantes, varios de los cuales habían votado por los partidos republicanos en las elecciones municipales y generales de abril y junio de 1931, respectivamente. Como muestra de su frustración, los manifestantes ocuparon la plaza pacíficamente con el fin de divulgar su situación. Aunque era una acción pacífica, según *La Vanguardia*, un periódico que no simpatizaba con los parados abiertamente, los manifestantes fueron atacados y dispersados por una unidad de guardias de asalto⁶⁶.

Como ha argumentado Eric Hobsbawm, los grupos que no pueden articular sus esperanzas y quejas a través de los canales institucionales tienden a expresarse por medio de «negociación colectiva a través del motín»⁶⁷. Y así ocurrió con los vendedores ambulantes en Barcelona, que desarrollaron una política callejera basada en una serie de movilizaciones y acciones directas. Por ejemplo, en el último trimestre de 1931, la persecución policial de la venta ambulante desembocó en dos disturbios importantes en mercados que terminaron con los vendedores ambulantes destruyendo e incautando alimentos y mercancías de los puestos. En ambos casos, los vendedores ambulantes recibieron ayuda de los miembros de la comunidad local, reflejo del deseo de esta comunidad de vengarse de un grupo social concreto (los vendedores de mercado) que había reclamado de forma pública la represión de la venta ambulante⁶⁸.

⁶⁶ *La Vanguardia*, 19 de agosto de 1931.

⁶⁷ HOBBSAWM, E.: *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1964, p. 7.

⁶⁸ *El Día Gráfico*, 24-25 de septiembre de 1931; *Las Noticias*, 1 y 21 de octubre

La anatomía de una de esas protestas en el barrio obrero de Sants sirve como ejemplo de las nuevas dinámicas de este conflicto callejero. Sobre las diez de la mañana del 23 de septiembre de 1931, «una batida» de la policía municipal y los guardias de asalto dispersó a unos vendedores ambulantes de los alrededores del mercado de Sants, y les incautó sus mercancías que luego cargó en un camión. Sin duda esto indignó a los vendedores ambulantes, y así, tras la retirada de las fuerzas de seguridad, se reagruparon delante del mercado para luego entrar y atacar los puestos, incautando y/o destruyendo la mercancía que había dentro. Según *La Vanguardia*, los vendedores ambulantes, algunos de los cuales iban armados con cuchillos y palos, «se hicieron dueños del campo» hasta que la Guardia Civil de caballería y un camión de guardias de asalto impusieron el orden⁶⁹.

La textura de las movilizaciones de los vendedores ambulantes tomó forma y se desarrolló a la luz de una larga tradición cultural de protesta de acción directa, algo que a su vez se había nutrido de un contexto desigual de desarrollo económico parte de un capitalismo débil, altos impuestos en comestibles y pobreza agraria. Como resultado de todo ello, cuestiones como el consumo tuvieron un papel central en la vida social a lo largo del siglo XIX, y los motines de subsistencia perduraron hasta la primera mitad del siglo XX. Se puede decir que las protestas de los vendedores ambulantes, muy próximas en ocasiones a los motines de consumo, tenían una conexión clara con mundos de protesta anteriores: se trataba de acciones que típicamente se desarrollaban en las calles y que en la mayoría de los casos ocurrían fuera de estructuras «modernas» de protesta como los sindicatos. Otra similitud entre las movilizaciones de los vendedores ambulantes y las protestas «tradicionales» de subsistencia era el papel destacado de las mujeres⁷⁰. En los años treinta, la militancia femenina estaba confinada principalmente a cuestiones de consumo y aunque algunas mujeres destacaron en los grupos anarquistas y sindicatos, no figuraban entre

de 1931; *La Vanguardia*, 24 de septiembre de 1931; *Solidaridad Obrera*, 30 de octubre de 1931, y véase también EALHAM, C.: «La lluita pel carrer...», *op. cit.*, pp. 21-26.

⁶⁹ *La Vanguardia*, 24 de septiembre de 1931.

⁷⁰ Según Pamela Radcliff, las protestas de consumo eran «la expresión más coherente de la identidad política de las obreras», véase RADCLIFF, P.: «The emerging challenge of mass politics», en SHUBERT, A., y ÁLVAREZ JUNCO, J. (coords.): *Spanish history since 1808*, Londres, Arnold, 2000, p. 152.

los dirigentes, ni en el sector textil y fabril, donde trabajaban muchas obreras⁷¹.

Otra característica destacable de las luchas de los vendedores parados era su contenido antipolicial. A lo largo de los años republicanos, se produjeron regularmente choques entre los miembros de los cuerpos de seguridad y los vendedores ambulantes⁷². Los casos de mayor violencia ocurrieron generalmente cerca de los mercados, donde la hostilidad entre los vendedores con licencia y los sin licencia podía provocar incidentes cotidianos⁷³. Muchas veces los mozos de mercado intervenían al lado de los vendedores en peleas con los ambulantes, las cuales, en alguna ocasión, se convirtieron en batallas campales⁷⁴. También hubo muchos casos de resistencia a las detenciones policiales por parte de los vendedores ambulantes⁷⁵. De esta forma, la lucha de los vendedores ambulantes era un aspecto más de las tradiciones populares de oposición colectiva a la autoridad y a sus agentes en las calles.

Con frecuencia, los vendedores ambulantes recibían ayuda de miembros de la comunidad, hecho muy comentado en la prensa de la época. Así, los transeúntes avisaban a los vendedores ambulantes de la llegada de patrullas policiales y en algunos casos los inquilinos de la zona ofrecían cobijo a los vendedores obligados a huir de la policía. Muchas veces los detenidos pedían la intervención de los transeúntes contra la policía, a lo que éstos respondían favorablemente atacando a la policía e intentando liberar a los detenidos, una muestra más de la hostilidad popular hacia las fuerzas de seguridad y de las simpatías que despertaban los vendedores ambulantes⁷⁶. En l'Hospitalet de Llobregat, por ejemplo, las autoridades reconocieron que en varias ocasiones «la chusma» había intervenido, a veces con éxito, para prevenir las detenciones de vendedores ambulantes. En respuesta, la policía intentaba llevar a cabo sus arres-

⁷¹ VILANOVA, M.: *Les majories invisibles: Explotació Fabril, Revolució i Repressió*, Barcelona, Icaria, 1995.

⁷² *Solidaridad Obrera*, 15 de febrero de 1933.

⁷³ *Las Noticias*, 29 de agosto de 1935.

⁷⁴ *La Vanguardia*, 23 de agosto de 1935.

⁷⁵ *Solidaridad Obrera*, 30 de abril, 22 de mayo y 27 de junio de 1931, y comunicados de la Guardia Urbana al alcalde, 17 de julio y 7 de octubre de 1932, AHHL.

⁷⁶ *Las Noticias*, 9 y 16 de mayo y 24 de diciembre de 1931; *La Vanguardia*, 9 de septiembre de 1931; *Solidaridad Obrera*, 7 de julio de 1933, y comunicado de la Guardia Urbana al alcalde, 14 de junio de 1936, AHHL.

tos antes de que se formasen multitudes hostiles, haciendo uso de más violencia, incluso contra mujeres y niños que ejercían la venta ambulante⁷⁷. Es de suponer que el endurecimiento de las tácticas policiales confirmó las percepciones populares hacia las fuerzas de orden público y, por el contrario, no logró romper las lealtades comunitarias y la gran simpatía que despertaban los vendedores ambulantes. De la misma forma, la disposición continua de los transeúntes a ayudar a los detenidos ponía de relieve el rechazo al discurso criminalizador de las autoridades en los barrios obreros, donde, por lo general, las densas redes sociales creaban un ambiente de apoyo favorable a los vendedores ambulantes.

Movilizando a los desheredados: los vendedores ambulantes y los anarcosindicalistas

Como hemos dicho, los vendedores ambulantes, al igual que otros sectores humildes de la sociedad española, esperaban que con la llegada de la República se produjese una serie de cambios positivos en su situación social y económica. La experiencia directa del abismo entre las promesas reformistas y la realidad represiva del nuevo régimen creó en ellos una frustración importante, un sentimiento que se prestó a la radicalización, canalizada por el anarcosindicalismo⁷⁸. De acuerdo con su estructura federal, los vendedores ambulantes afines a la CNT estaban organizados en una serie de comisiones locales⁷⁹ o, en el caso de la Sociedad de Vendedores Ambulantes de Pescado, Legumbres y Fruta de Barcelona, en una sección del Sindicato de Alimentación barcelonés⁸⁰. Igual que con cualquier otro sector de la clase obrera, la CNT se comprometía a articular sus esperanzas, sus intereses y sus luchas, aunque obviamente los vendedores ambulantes no

⁷⁷ Comunicados de la Guardia Urbana al alcalde, 10 de junio de 1933 y 10 de abril de 1936, AHHL.

⁷⁸ Para la CNT Catalana durante este periodo, véase VEGA I MASSANA, E.: *Entre revolució i reforma. La CNT a Catalunya (1930-1936)*, Lleida, Pagés, 2004, y, a nivel estatal, CASANOVA, J.: *De la calle al frente: el anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona, Crítica, 1997.

⁷⁹ Para la Comisión de los Vendedores Ambulantes, véase *Solidaridad Obrera*, 9 de abril de 1936.

⁸⁰ *Solidaridad Obrera*, 20 de mayo de 1931.

disfrutaban de los mismos recursos de protesta de los obreros industriales y no podían perseguir sus intereses a través de las prácticas sindicales convencionales. Por eso, las luchas de los vendedores ambulantes encuadrados en la CNT seguían perteneciendo más a la calle que al sindicato, y se desarrollaban por lo general fuera de las estructuras organizativas confederales. De todas formas, hay muchos indicios de activistas movilizando a los vendedores ambulantes e incitándoles a atacar a las fuerzas de seguridad: un informe policial de abril de 1936 reconoció el papel de «unos desconocidos», presuntamente militantes *cenetistas*, que animaron a los vendedores a resistir a la policía⁸¹.

Donde la CNT ofrecía un apoyo más consistente a los vendedores ambulantes era en un ámbito moral. Siguiendo la práctica *cenetista* de estimular la autoexpresión de los parados, la organización defendía el derecho de los sin trabajo a determinar cómo organizar su «lucha por la vida»⁸². De esa manera, la CNT otorgaba poderes a los vendedores ambulantes y revestía sus luchas de un significado social más profundo, en términos de «la descomposición prevalente del estado capitalista»⁸³. Toda la prensa confederal defendía la causa de los vendedores ambulantes, pero sobre todo el diario *Solidaridad Obrera*, el órgano *cenetista* más importante y de amplia difusión en el área barcelonesa⁸⁴. Desde las páginas de *Solidaridad Obrera* se entabló una guerra propagandista, refutando las premisas del discurso criminalizador de las autoridades republicanas. Así, se criticaba la violencia policial⁸⁵ que intentaba «trasladar los vendedores ambulantes de la calle a los hospitales»⁸⁶ y se denunciaba la incautación de sus mercancías como «un atraco»⁸⁷. En palabras de *Solidaridad Obrera*:

⁸¹ Comunicado de la Guardia Urbana al alcalde, 10 de abril de 1936, AHHL.

⁸² *Solidaridad Obrera*, 20 de mayo, 7 de junio, 21 y 26 de agosto, 29-30 de octubre y 1 de diciembre de 1931; 22 de marzo y 24 de noviembre de 1932, y 13 y 22 de julio de 1934.

⁸³ *Solidaridad Obrera*, 9 de febrero de 1936.

⁸⁴ En 1931, la edición barcelonesa de *Solidaridad Obrera* tenía un tiraje de 40.000; TAVERA, S.: *Solidaridad Obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarco-sindicalista (1915-1939)*, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1992, p. 83.

⁸⁵ *Solidaridad Obrera*, 22 de marzo de 1933; 30 de junio y 31 de julio de 1934, y 9 de febrero de 1936, y *Cultura Libertaria*, 1 de enero de 1932.

⁸⁶ *Solidaridad Obrera*, 30 de octubre de 1931.

⁸⁷ *Solidaridad Obrera*, 8 de febrero de 1932.

«Ahora con la República, se ha inventado esta nueva figura del delito: todo obrero que esté parado y quiera trabajar para llevar pan a sus hijos debe ser encarcelado por desórdenes públicos»⁸⁸.

Como muestra de su capacidad para hacer periodismo de investigación, *Solidaridad Obrera* publicó una serie de *exposés* de la corrupción y de las injusticias relacionados con la venta ambulante. Por ejemplo, según el diario anarcosindicalista, y en contra de las afirmaciones oficiales de que el comercio informal constituía una amenaza a la salud pública, el Ayuntamiento repartía la mayor parte de los comestibles secuestrados por la policía a las cocinas de los hospitales barceloneses. También informaba sobre policías corruptos que vendían parte del «botín» a los vendedores de mercado, que luego llegaba a las manos de un público al que supuestamente se intentaba proteger con la política represora contra la venta ambulante⁸⁹. En la misma línea, *Solidaridad Obrera* cuestionaba el punto de vista de la clase media urbana de que se actuaba en defensa de los intereses del consumidor, y muy a menudo publicaba los nombres y direcciones de los tenderos y vendedores de mercado que «atracaban» a los obreros acaparando comestibles, inflando los precios, trapicheando con los pesos y medidas y adulterando los comestibles⁹⁰. De ahí que condenara lo que veía como la hipocresía de los sectores comerciales que reclamaban la represión de la venta ambulante. No es difícil imaginar que estos reportajes tocaron una fibra sensible entre los consumidores obreros, cuyas sospechas hacia los tenderos y vendedores de mercado habían ido en aumento desde la inflación galopante que tuvo lugar durante y después de la Primera Guerra Mundial. Comparados con los vendedores «oficiales», en opinión de *Solidaridad Obrera*, los vendedores parados, tan perseguidos por las autoridades, eran seres «dignos»⁹¹ y de una moral superior⁹².

Asimismo, los propios vendedores ambulantes podían expresarse a través de las páginas de *Solidaridad Obrera*, articulando sus reivindicaciones centrales, como la suspensión de la política de re-

⁸⁸ *Solidaridad Obrera*, 22 de marzo de 1933.

⁸⁹ *Solidaridad Obrera*, 8 de febrero y 13 de septiembre de 1932.

⁹⁰ *Solidaridad Obrera*, 23 y 28 de junio, 3 de julio y 30 de octubre de 1931.

⁹¹ *Solidaridad Obrera*, 21 de septiembre de 1935.

⁹² *Solidaridad Obrera*, 26 de agosto de 1931.

presión, el reconocimiento legal de la venta ambulante⁹³, y su «derecho» a llevar a cabo su «comercio humilde»⁹⁴. Algunas veces, sus comentarios destacan por su tono moderado, como por ejemplo cuando se expresaban a favor de un sistema de licencias municipales o cuando hablaban de su aceptación del pago de impuestos en proporción al tamaño de sus ventas⁹⁵. Pero, al mismo tiempo, hay muchos indicios de que los vendedores ambulantes se radicalizaron y politizaron como consecuencia de la «persecución tenaz» a la que les sometieron las autoridades⁹⁶ (este proceso tenía un paralelo histórico en Inglaterra con los *costermongers* londinenses del siglo XIX, los equivalentes a los vendedores ambulantes, que mostraban el mismo odio hacia la policía y un historial de agitación social en el movimiento Cartista)⁹⁷. La desilusión con el nuevo régimen político quedó resumida en un manifiesto de la Sociedad de Vendedores Ambulantes de l'Hospitalet de Llobregat a finales de octubre de 1931, sólo seis meses después del nacimiento de la República, donde criticaban las «promesas falsas» de los republicanos. Según los vendedores ambulantes encuadrados en la CNT, «la transición de la monarquía [a la República] no había sido más que un cambio de nombres y personal, pero los procedimientos, el ambiente y la mentalidad de las autoridades son iguales»⁹⁸. Los vendedores ambulantes, sin embargo, se comprometieron a no doblegarse ante las autoridades: en vez de la sumisión y la pasividad, anunciaron que si la policía insistía en perseguirles «como criminales» y castigarles como «perros» en las calles, estarían obligados a elegir prácticas abiertamente ilegales para «procurar su pan de cada día»⁹⁹.

El acogimiento de los vendedores ambulantes por los libertarios nos ofrece un caso práctico interesante del funcionamiento de la cultura anarquista y de sus modalidades de lucha. A primera vista,

⁹³ *Solidaridad Obrera*, 14 de noviembre de 1935.

⁹⁴ *Solidaridad Obrera*, 21 de agosto y 1 de diciembre de 1931.

⁹⁵ *Solidaridad Obrera*, 22 de julio y 13 de agosto 1931 y 15 de febrero de 1932.

⁹⁶ *Solidaridad Obrera*, 20 de mayo, 22 de julio, 21 y 26 de agosto y 29-30 de octubre de 1931 y 22 de marzo de 1932.

⁹⁷ MAYHEW, H.: *London Labour and the London Poor*, t. 1, Londres, Griffen, Bohn and Company, 1851, p. 22, y FINN, M. C.: *After Chartistism: Class and Nation in English Radical Politics, 1848-1874*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 97.

⁹⁸ *Solidaridad Obrera*, 31 de octubre de 1931.

⁹⁹ *Solidaridad Obrera*, 1 de diciembre de 1931, 24 de noviembre de 1932 y 3 de febrero de 1933.

como es bien sabido, los anarquistas se oponían ideológicamente al comercio, pues lo consideraban como un sistema de explotación humana¹⁰⁰. La buena disposición de los anarquistas a la hora de defender a los vendedores ambulantes subraya su flexibilidad táctica, igual que la naturaleza abierta y la cultura inclusiva de la CNT, una organización que tenía una perspectiva amplia de los grupos sociales que podía movilizar. Esta cultura nos explica cómo el anarcosindicalismo llegó a intentar encuadrar y movilizar activos más allá del proletariado fabril, acogiendo a grupos marginales y desheredados que, tradicionalmente, habían sido rechazados por los socialdemócratas como sectores oscuros, ignorantes y lumpen¹⁰¹. La CNT propugnaba esta tradición: quería llegar a ser la auténtica voz de todos los oprimidos y excluidos y por eso defendía el derecho a la calle y al espacio público de los vendedores parados¹⁰².

Pero los vendedores ambulantes compartían ciertas cualidades con varios sectores laborales de la amplia gama de grupos que incluía la CNT barcelonesa en los años treinta: la mayoría de los obreros de estos grupos era no cualificada o semicualificada y, por las circunstancias de su empleo al igual que por tradición cultural, tendía a actuar en defensa de sus intereses y aspiraciones por medio de la acción directa en las fábricas y en las calles. Como sector en permanente conflicto con la policía, los vendedores ambulantes tenían mucho en común con la cultura callejera agresiva, «tosca» y «ruda» que definía a muchos de los partidarios de la CNT¹⁰³. Esa misma cultura no domesticada nos ayuda a entender por qué los *cenetistas* eran reacios a canalizar sus peticiones por medio de los jurados mixtos, las comisiones de arbitraje estatales introducidas por Francisco Largo Caballero, ministro de Trabajo durante 1931-1933 y líder sindical socialista, cuyos intentos para institucio-

¹⁰⁰ *Solidaridad Obrera*, 23 de junio de 1932.

¹⁰¹ *Justicia Social*, 25 de noviembre de 1933 y 14 de marzo de 1936.

¹⁰² RADCLIFF, P.: *From Mobilization to Civil War: the Politics of Polarization in the Spanish City of Gijón, 1900-1937*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 231-232 (hay traducción española, *De la movilización a la guerra civil. Historia política y social de Gijón, 1900-1937*, Barcelona, Debate, 2004), y *Solidaridad Obrera*, 24 de septiembre y 2 de octubre de 1930.

¹⁰³ Para más detalle sobre la cultura de movilización de los libertarios, véase EALHAM, C.: «Una geografía imaginada: ideología, espacio urbano y protesta social en la creación del Barrio Chino de Barcelona, c. 1835-1936», *Historia Social*, 59 (2007), pp. 55-76.

nalizar el conflicto laboral reflejaban la cultura socialdemócrata gradualista, su etos reformista y los orígenes de la UGT entre los artesanos «respetables»¹⁰⁴. Las grietas sociales, culturales y políticas entre los modelos sindicales de la UGT y de la CNT quedaron expuestas en la coyuntura de los años treinta, cuando la CNT llegó a ser el sindicato preferido por la mayoría de los parados, sobre todo en Barcelona y las grandes conurbaciones. Mientras tanto, en consonancia con su código cultural, que valoraba la decencia y el pudor, los socialistas catalanes de la Unió Socialista de Catalunya (USC) hablaban de los anarquistas y sus simpatizantes como *déclassés*, «aventureros de origen obrero», «parásitos de los bajos fondos», «maleantes, ladrones» y «vagos profesionales»¹⁰⁵.

La sensación continua de marginalización y exclusión socioeconómica entre la mayoría de los afiliados de la CNT aseguró que su experiencia con la República no fuese tan distinta a la de regímenes anteriores, lo que creó una alienación política que fundamentaría la radicalización de las bases confederales y el movimiento anarquista en los años anteriores a la guerra civil. Dentro de este panorama, la militancia creciente de los vendedores ambulantes más cercanos a la CNT aportó a la organización otro sector radicalizado importante.

Esta experiencia también nos muestra cómo los sectores más radicales del *cenetismo* insistieron en mantener a los parados dentro de la órbita de los sindicatos, donde, a pesar de haber perdido el contacto social inherente del trabajo en las fábricas, seguirían expuestos a la cultura de acción colectiva con sus postulados solidarios. Para los parados, la mayor atracción de la CNT eran sus bolsas de trabajo, a través de las cuales los vendedores ambulantes, igual que todos los sin trabajo afiliados a la Confederación, tenían la oportunidad de encontrar un nuevo empleo. Las bolsas de trabajo funcionaban también como vehículo para aquellos que querían participar en los comités de defensa de la CNT, responsables

¹⁰⁴ Para una visión general de la cultura interna del movimiento obrero, véase JULIÁ, S.: «Poder y revolución en la cultura política del militante obrero español», en MAURICE, J. (coord.): *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, París, Presses Universitaires de Vincennes, 1990, pp. 179-191, y para la cultura del movimiento libertario, véase EALHAM, C.: *La lucha por Barcelona...*, *op. cit.*, pp. 63-104 y 239-267.

¹⁰⁵ *Justicia Social*, 1 de agosto de 1931, y 29 de abril, 22 de julio y 11 de noviembre de 1933, y *Cataluña Obrera*, 26 de mayo y 9 de junio de 1933.

de la organización de piquetes durante las huelgas y de actividades callejeras como el reparto de hojas volantes por las que los activistas cobraban el sueldo diario de un obrero semicualificado¹⁰⁶. Por este camino, o eso calculaban los dirigentes *cenetistas*, los parados buscarían soluciones colectivas a sus problemas y no llegarían a ser un arma en el arsenal de las fuerzas reaccionarias. Tal vez la mejor medida del éxito de la campaña *cenetista* entre los sin trabajo fue el hecho de que, a pesar del crecimiento de partidos autoritarios de corte fascista en los años treinta, por lo general los obreros, y concretamente los parados, se mantuvieron distantes de estas opciones políticas en España.

La movilización de los vendedores también refleja una característica duradera de la CNT: su compromiso con luchas extrasindicales relacionadas con el consumo. Desde su fundación en 1910, la CNT organizó grupos y comisiones en barrios obreros para que actuasen tanto en la comunidad como dentro de las fábricas. Estas dos esferas se encontraron en 1916 con la huelga general de ámbito estatal contra la inflación galopante provocada por la Primera Guerra Mundial. Otro ejemplo destacable fue la huelga general contra el precio de subsistencias de marzo de 1919 en Valencia, una protesta que comenzó con una huelga de los sindicatos urbanos, pero que en poco tiempo se trasladó al mercado central, donde grupos de mujeres asaltaron puestos e incautaron mercancías, obligando a los vendedores de mercado a cerrar¹⁰⁷. Joan Peiró¹⁰⁸, uno de los tácticos anarcosindicalistas más sutiles, teorizó en los años veinte esta estrategia de movilización en ámbitos distintos a través de una serie de artículos y folletos en los cuales abogaba por la creación de comités de distrito, cooperativas de consumo y asociaciones vecinales, todos ellos dedicados a resistir la

¹⁰⁶ MARTÍN, E.: *Recuerdos de un militante de la CNT*, Barcelona, Picazo, 1979, pp. 91-92.

¹⁰⁷ RADCLIFF, P.: «The emerging challenge of mass politics», en SHUBERT, A., y ÁLVAREZ JUNCO, J. (coords.): *Spanish history since 1808...*, op. cit., p. 152.

¹⁰⁸ Para la vida militante de Peiró, véase PEIRÓ, J.: *Juan Peiró. Teórico y militante del anarcosindicalismo español*, Barcelona, Foil, 1978; ZAMBRANA, J., y ALBA-DALEJO, J.: *Inicis d'un sindicalista llibertari: Joan Peiro a Badalona (1905-1920)*, Badalona, Fet a Ma, 2005; VVAA: *Memoria de Joan Peiró i Belis*, Cabrera de Mar, Galerada, 2008, y GABRIEL, P. (coord.): «Joan Peiró. Sindicalismo y anarquismo. Actualidad de una historia», *Anthropos*, 114 (1990). Para sus escritos, véase PEIRÓ, J.: *Escrips, 1917-1939*, Barcelona, Edicions 62, 1975.

política económica oficial y a luchar para mejorar el nivel de vida de la clase obrera. Para Peiró, esta labor de crear vínculos dentro de la sociedad civil era decisiva para que la CNT extendiese sus actividades a cada esfera de la vida obrera, en la fábrica o en la calle, requisito fundamental, en su opinión, para lograr la sindicalización de la vida cotidiana y la transformación revolucionaria de la sociedad existente¹⁰⁹. En el terreno práctico, en 1931, esta visión inspiró la formación de una efímera Comisión de Defensa Económica (CDE) dentro de la CNT barcelonesa, en lo que sería un intento de politizar la sensibilidad obrera sobre el consumo. Antes de ser criminalizada por las autoridades republicanas, la CDE abogaba por los vendedores ambulantes como cómplices en su propia lucha para lograr un nuevo significado urbano en oposición a la visión hegemónica de los especuladores, arrendatarios y tenderos, y de los mismos republicanos, acusados de mantener a la ciudad como un espacio para la explotación y el beneficio¹¹⁰.

La cultura de acción directa del movimiento anarquista favorecía modos de lucha irregulares, no institucionalizados, y la resistencia callejera de pequeños grupos, como hemos visto con el caso de los vendedores ambulantes. Desde finales del siglo XIX, los anarquistas apoyaron los motines de subsistencia, brotes de insurrección que interpretaban como la antecámara de una revolución futura¹¹¹. Al llegar a los años treinta, los libertarios abrazaron una constelación variada de prácticas callejeras populares como subversión de los ritmos urbanos dominantes, aprobando y apoyando una gama amplia de acciones de los parados (huelgas de inquilinos, ocupación de tierras y estrategias de autoayuda como el robo de comestibles de tiendas, restaurantes y mercados). Algunos libertarios esperaban transformar a los parados en las tropas de choque de la insurrección, preparándoles para la futura revolución y, entretanto, abriendo un frente nuevo en la guerra de guerrillas contra el Estado¹¹². Los anarquistas también veneraban otras tradiciones populares, como la resistencia a la policía, e in-

¹⁰⁹ PEIRÓ, J.: *Ideas sobre sindicalismo y anarquismo*, Barcelona, Grupo Solidaridad, 1930, pp. 106-108 y 127-134.

¹¹⁰ *Solidaridad Obrera*, 28 de junio y 3 de julio de 1931.

¹¹¹ SERRANO, C.: *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*, Barcelona, Península, 2000, p. 290.

¹¹² Actas del pleno de la Federación local de la CNT de Barcelona, 24 de octubre de 1931, Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca.

tentaban pulir y proyectar esas prácticas «tradicionales» hacia su lucha revolucionaria. Así, durante la insurrección anarquista de diciembre de 1933, podemos ver cómo fusionaron mundos pasados de protesta social con la nueva ideología de antifascismo en lo que era, de hecho, una protesta contra el movimiento hacia la derecha de la política española: durante la ocupación de l'Hospitalet de Llobregat por militantes anarquistas armados, se sucedieron una serie de acciones violentas como el asesinato del líder local de la Falange Española, pero también el asalto y quema del mercado municipal y varias tiendas, lo que encaja en el contexto de la autoayuda obrera y la venganza contra sectores enfrentados a los vendedores ambulantes¹¹³.

Esa capacidad de los anarquistas a la hora de construir sus acciones sobre repertorios de contestación social anteriores y combinarlos con sus propias protestas constituyó una de sus virtudes movilizadoras durante el periodo de entreguerras. De este modo, las tácticas anarquistas se solapaban con la estructura cultural y experiencial de sectores importantes de la clase obrera. Como muestra de este proceso, es interesante analizar uno de los mecanismos de financiación adoptado por algunos grupos anarquistas: el «impuesto revolucionario». Este medio no estaba muy extendido: el «impuesto» solía cobrarse a individuos que no gozaban de mucha simpatía popular, normalmente por sus vínculos con empresas que se habían opuesto a la CNT, por lo que se les culpaba de agotar los recursos de los sindicatos y el movimiento libertario¹¹⁴. No fue casualidad que en la primera mitad de 1933 Salvador Gil i Gil recibiera una petición de dinero del Comité Libertario pro-Revolución Social¹¹⁵, pues además de empresario era teniente de alcalde en l'Hospitalet de Llobregat, donde

¹¹³ Comunicado de la Guardia Urbana al alcalde, 8 de diciembre de 1933, AHHL, y carta del alcalde de l'Hospitalet al presidente de la Generalitat, 29 de diciembre de 1933, AHHL.

¹¹⁴ *La Veu de Catalunya*, *La Publicitat* y *ABC* (Madrid), 16 de mayo de 1933; *La Vanguardia*, 19 de mayo de 1933; comunicado de la Guardia Urbana al alcalde, 20 de marzo de 1936, AHHL, y MASSAGUER, L.: *Mauthausen: fin de trayecto. Un anarquista en los campos de la muerte*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1997, p. 14.

¹¹⁵ Todos los periódicos barceloneses y *ABC* (Madrid) reportaban el nombre así, igual que MARIN, D.: *Clandestinos. El Maquis contra el franquismo, 1934-1975*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, p. 184. Curiosamente, *La Vanguardia* hablaba del «Comité del terrorismo pro-revolución social» (19 de mayo de 1933).

destacó como adversario implacable de los vendedores ambulantes, cabeza de la represión que se había desatado desde 1931¹¹⁶. Tampoco sorprende que un «hombre de orden» como Gil i Gil, comprometido públicamente con la represión de «maleantes» y «delincuentes», no se dejase intimidar y se negase a pagar el «impuesto», una intransigencia que poco después provocó un ataque contra una de sus tiendas, presumiblemente por miembros del Comité Libertario pro-Revolución Social¹¹⁷. Gil i Gil no se dobló y murió pocas semanas después en compañía de un policia-guardaespalda durante una emboscada organizada por varios individuos desconocidos¹¹⁸.

Conclusiones

Los vendedores ambulantes, a pesar de experimentar una marcada radicalización antes de la guerra civil, continuaron intentando utilizar, siempre que fue posible, canales legales para exponer sus intereses, y periódicamente intentaron presionar a las autoridades locales con cartas, peticiones y comisiones, reclamando el fin de la represión de la venta ambulante¹¹⁹. Así, en 1935, en una carta colectiva al Ayuntamiento, algunos vendedores ambulantes de l'Hospitalet de Llobregat intentaron explicar que su «comercio» no tenía ningún objetivo subversivo y por ello no merecía la respuesta draconiana de las autoridades¹²⁰. En privado, las autoridades reconocían que «la miseria reinante» era el motivo principal de la venta ambulante¹²¹. Sin embargo, parece evidente que, a partir de 1932, la resistencia ante la policía por parte de los vendedores ambulantes, que muchas veces contaban con la ayuda de miembros de la comunidad local, había llegado a un punto muerto o una situación de tregua entre los

¹¹⁶ Actas de los plenos del Ayuntamiento, 6, 11, 20 y 27 de agosto de 1931, AHHL.

¹¹⁷ *La Publicitat*, 16 de mayo de 1933.

¹¹⁸ *La Veu de Catalunya*, 16 de mayo de 1933; *La Vanguardia*, 19 de mayo de 1933 y 27 de marzo y 19 julio de 1934, y *Las Noticias*, 4 de octubre de 1934.

¹¹⁹ *Solidaridad Obrera*, 9 de abril de 1936, y Actes de la Comissió Permanent del Ajuntament, 6 de septiembre de 1935, AHHL.

¹²⁰ Carta de cuarenta vendedores ambulantes al alcalde, 29 de agosto de 1935, AHHL.

¹²¹ Informe del alcalde, 12 de septiembre de 1935, AHHL.

«vendedores rebeldes» y las autoridades locales. Esto lo reconoció, en septiembre de 1935, el alcalde de l'Hospitalet cuando escribió que «actuar enérgicamente contra los vendedores ambulantes implica una revuelta» o, por lo menos, «incidentes desagradables»¹²². En este contexto, las autoridades llegaron a tolerar cierto nivel de comercio informal, sobre todo si no estaba próximo a los mercados y no era visible a los comerciantes de clase media.

Otro aspecto llamativo son las diferencias locales en la represión de la venta ambulante. Las quejas publicadas en la prensa obrera nos sugieren que la actitud de las autoridades variaba radicalmente de ciudad a ciudad: se habla de que las autoridades en ciudades como Valencia, Zaragoza y Madrid eran mucho más tolerantes con el comercio informal que en Barcelona¹²³. Obviamente, hay que tener en cuenta la relación entre la dura represión de la venta ambulante barcelonesa y la historia revolucionaria de la ciudad: las autoridades republicanas conocían de sobra cómo en Barcelona, con su frágil orden urbano y su alto nivel de desempleo, un conflicto pequeño era siempre capaz de agravarse. De todas formas, la represión de la venta ambulante nos permite reconsiderar la historia de Barcelona en los años treinta y su reputación como «baluarte de la República»¹²⁴, oasis de libertad y tolerancia.

Hubo algunas iniciativas para pacificar la situación. El Ayuntamiento de l'Hospitalet de Llobregat ofreció en más de una ocasión una cantidad restringida de licencias a los vendedores ambulantes pero su coste —unas cien pesetas anuales— no era asequible para la mayoría de ellos¹²⁵. Además, dado que muchos de los vendedores parados creían que su situación era algo temporal u ocasional, eran reacios a formalizar su estatus como comerciantes, pues les atraía más la posibilidad de volver al mundo del trabajo¹²⁶. Al mismo tiempo, tales propuestas chocaban con los deseos de los vendedores de mercado y los tenderos, que querían la represión implacable de la venta ambulante, y llegaron a amenazar con no pagar

¹²² Informe del alcalde, 12 de septiembre de 1935, AHHL.

¹²³ *Solidaridad Obrera*, 30 de junio de 1934.

¹²⁴ MUNIESA, B.: *La burguesía catalana ante la II república española (1931-1936)*, II, *El triunfo de Wagner sobre Verdi*, Barcelona, Anthropos, 1986, pp. 80 y 182.

¹²⁵ Actas de los plenos del Ayuntamiento, 15 de septiembre de 1932 y 19 de enero de 1933, y el informe del alcalde, 12 de septiembre de 1935, AHHL.

¹²⁶ Actas de los plenos del Ayuntamiento, 30 de agosto de 1932, AHHL.

los impuestos municipales¹²⁷. En un claro intento por parte de los partidos republicanos de preservar su apoyo electoral, la represión del comercio informal solía aumentar en las semanas anteriores a las elecciones locales o generales¹²⁸. De todas formas, los vendedores ambulantes hacían frente a los momentos de represión elevada adaptando sus «negocios», como por ejemplo cuando empezaron a operar desde los portales de las casas del vecindario, que les ofrecían una posición de ventaja para inspeccionar la calle y resguardarse contra las incursiones de las fuerzas de seguridad y la incautación de sus mercancías.

La experiencia de la venta ambulante ilumina procesos y tendencias importantes de la Barcelona republicana. Hemos visto cómo las autoridades republicanas favorecían los intereses de la clase media urbana por encima de los intereses de los parados y de los sectores más empobrecidos de la sociedad. Por ello, en un contexto de paro forzoso galopante, pusieron fin a la política tradicional de tolerancia hacia el comercio informal. Hemos visto también cómo el nuevo régimen trajo consigo un aumento importante en las libertades políticas y cívicas mientras que la estructura económica heredada de la monarquía se quedó en pie y nunca fue sometida a una reforma profunda. Para los sectores más vulnerables de la clase obrera, la compulsión económica cotidiana no cambió con la República y se mantuvo más o menos igual que durante la monarquía. La ausencia de una política dedicada a combatir la exclusión social a favor de una democracia económica más justa es clave para entender el desencanto de amplios grupos de obreros con la República. El caso de la venta ambulante pone de relieve las relaciones conflictivas entre el Estado y los sin trabajo, y la experiencia de los parados y de los que ofrecieron resistencia a la desigualdad social resultó en una guerra callejera casi permanente. Así podemos entender la alienación política de los sectores más empobrecidos de la clase obrera, un rechazo canalizado, cultivado y refinado por el movimiento anarcosindicalista. Los conflictos y tensiones entre los vendedores ambulantes y la clase media y entre las organizaciones respectivas implicadas en este enfrentamiento —la CNT, por

¹²⁷ *El Matí*, 15 de agosto de 1935, y Actas de los plenos del Ayuntamiento, 15 de agosto de 1933, AHHL.

¹²⁸ SENTÍS, C.: *Viatge en Transmisèria...*, *op. cit.*, p. 78, y Actas de los plenos del Ayuntamiento, 10 de enero de 1933, AHHL.

un lado, y la Esquerra, por otro— son otro ejemplo de las luchas existentes entre los componentes de la coalición antioligárquica en España, un choque de intereses que volvería a ocupar un primer plano en momentos determinados de la revolución y de la guerra civil que no tardaría en llegar¹²⁹.

¹²⁹ GRAHAM, H.: *The Spanish Republic at War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 254-283 (hay traducción española, *La República española en guerra. 1936-1939*, Madrid, Debate, 2006).